

## FRANCISCO UMBRAL DE CARA A LORD BYRON: LOS INDICIOS VEHEMENTES

## FRANCISCO UMBRAL FACED WITH BYRON: THE INDISPUTABLE EVIDENCE

Christian Manso

Université de Pau et des Pays de l'Adour. Francia.

### ABSTRACT

Francisco Umbral does not choose Byron randomly. Indeed, he quickly understands that with Byron mimetic excitement is twofold. Specular play is constantly at work, to such an extent that when Francisco Umbral speaks of Byron, he is also speaking of himself. This study purports to bring to the fore the half-concealed confessional nature of Umbral's writing.

**Key words:** selfism; double; specular play; archeology of psyche; inner self; confession.

### RESUMEN

Si Francisco Umbral elige a Byron, la razón no puede ser más obvia: Byron le aparece poco a poco como una doble y contradictoria excitación mimética. Se multiplican los juegos especulares entre Byron y Francisco Umbral hasta tal punto que cuando Francisco Umbral habla de Byron también habla de sí mismo. Así que este estudio se propone sacar a la luz del día esta escritura apenas velada de una confesión.

**Palabras clave:** el culto a sí mismo; el doble; la especularidad; la arqueología de la psique; el ser profundo; la confesión.



Fecha de recepción: 3 de noviembre de 2017.

Fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2017.

**Cómo citar:** Manso, Christian: «Francisco Umbral de cara a Lord Byron: los indicios vehementes», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, Monográfico 1 (2017): 207-219.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2017.m1>

Con sus obras, *Larra. Anatomía de un dandy* (1965), *Lorca, poeta maldito* (1968), *Valle-Inclán* (1968), Francisco Umbral se proponía escrutar la psique en su interrelación con la circunstancia socio-estética de tres geniales iconoclastas de la España contemporánea que, ni que decir tiene, correspondían a su más íntima tipología en materia de escritura, de escritura comprometida, por supuesto. Esbozaba ya una especie de subjetiva filogénesis estética de la que, mediante sutiles procesos de proyección subjetiva a la par que de agudos juegos especulares, podía sacar partido para forjar paulatinamente su propia entelequia literaria, es decir su ser de lejanías residente exclusivo y sempiterno en la tierra de la literatura, por y para esta última. Si en 1969 añade a su personal genealogía un nuevo y cuarto escritor que además rebasa las fronteras de su patrimonio nacional y ensancha por ende su horizonte de expectativa, surge de inmediato el porqué de tal investigación, de tal elaboración. ¿Necesitaba Francisco Umbral calar más hondo en su objeto literario y a este fin encontrar otro arquetipo, susceptible de devolverle la imagen, por fragmentaria que fuese, de su fuero interno, con el que congeniar y por tanto mantener las relaciones homocigóticas ya indicadas con los demás?

## X

En 1969 Francisco Umbral publica la *Biografía completa de George Gordon, Lord Byron* en la revista *Los Protagonistas de la Historia* que edita en Madrid Ibérico Europea de Ediciones, S.A. El propósito de la revista se advierte nada más abrirla. Ante todo, quiere enmarcar el estudio de Francisco Umbral dentro de una sinopsis que, en la primera página sin numerar, desgrana la existencia del escritor inglés desde su fecha de nacimiento, 22 de enero de 1788, hasta el año de 1813, cotejándola con los principales acontecimientos de la Europa de aquella época. Sinopsis que prolonga en la última página, también sin numeración, hasta la fecha de la muerte de Byron, 19 de abril de 1824, acompañándola con el mismo tipo de informaciones contenidas en la primera página. Es de suponer que, de esta forma, intenta poner de realce su vocación histórica o al menos ofrecerle al público un producto de correcta vulgarización histórica. Fabricada en un formato de 27,7 centímetros de largo por 19,50 de ancho, esta revista cuenta exactamente con 32 páginas numeradas, entre las cuales tan solo 4 llevan por entero un texto impreso con letras de tamaño de 5 puntos, repartido en dos columnas de unas 60 líneas cada una. Las demás están mayoritariamente divididas en 2 partes iguales, horizontales o verticales, en las cuales la parte escrita viene completada por grabados, reproducciones, lo que le permite a esta revista ostentar un espacio ilustrativo de envergadura

en el que aparecen 12 retratos distintos de Byron, uno de Shelley y uno de Teresa Guiccioli, ilustraciones de obras del escritor procedentes de sus obras como *Lara* (1814), *Parisina* (1816), *Manfredo* (1817). Dicho espacio puede crecer hasta ocupar páginas enteras como cuando la revista quiere poner énfasis en las ilustraciones de dos obras cumbres de Byron: *El corsario* (1813) y *Don Juan* (1824), o incluir en una página el retrato de 5 amantes del Lord (entre las cuales su hermana Augusta) y el de su esposa (Annabella Milbanke).

Por fin, como para coronar este aspecto tan destacado, y rematarlo de manera apoteósica, le consagra la revista a Byron una doble página en su mismo centro para la reproducción mayestática del frontispicio de la edición de sus obras completas de 1905 que también se podría concebir como la ornamental fachada de su propio panteón. Tal recuento de páginas destinadas a la parte iconográfica de la revista, que además no es exhaustivo, no es nada baladí: refleja precisamente la misma concepción de esta última en la que ha de insertar Francisco Umbral un texto cuyo objetivo es nada menos que explorar radicalmente la trayectoria byroniana, tanto existencial como creativa, como reza el título de la revista.

Es obvio que el espacio reservado para tal cometido le plantea a Francisco Umbral un descomunal reto que le va a obligar a adoptar unos cuantos criterios rigurosos de selección lo suficientemente significativos para llenar las estipulaciones de la misión que se ha asignado. Un ejercicio de malabarista, desde luego, en el que lo factual se ha de avenir con una disposición anímica de no poca pujanza que, para el caso, incita al lector a indagar particularmente las posibles, y hasta cierto punto las turbias, motivaciones de semejante pesquisa por parte de Francisco Umbral.

Desde el mismo principio de su estudio indica claramente lo que lo sustenta fundamentalmente: saca sus informaciones de las lecturas de «un biógrafo» (Umbral, 1969: 1), de los «biógrafos» del autor inglés. Esta palabra, la va a repetir varias veces más adelante, como en las páginas 3, 21, etc., pero cada vez no juzga oportuno desvelar sus nombres. Queda patente, pues, su método de trabajo con objeto de llevar a cabo su proyecto literario. No obstante, en su texto cita a unos cuantos estudiosos de Byron que, por cierto, hay que reunir entre los presuntos «biógrafos» a los que acudió, sin que, por ello, se pueda circunscribir su esfera de informadores a estos últimos. No cabe duda, sin embargo, de que son firmes pilares de su construcción. El primero aparece desde el mismo principio con una cita que es de contemplar como un epígrafe bajo el cual ha determinado Francisco Umbral la orientación general de su obra: «Lord Byron era el único objeto de su propia atención». Esta cita, la utiliza dos veces más en las páginas 3 y 7, y hasta la hace suya en la página 9:

«Pero ha empezado a ser de manera excluyente el objeto único de su propia atención». Lo que vuelve bajo fórmulas forjadas por el propio Francisco Umbral, como: «Se rinde culto a sí mismo» (Umbral, 1969: 9) o todavía como: «Pero él es siempre autobiográfico» (Umbral, 1969: 10). El autor de esta piedra angular es nombrado por Francisco Umbral: se trata de Stendhal, bajo cuya advocación ha elegido idear y edificar su propio texto. Pero, como acostumbra portarse con su lector, no señala sus fuentes, lo que representa un considerable perjuicio por razones obvias: ¿son sus citas exactas, erróneas, falseadas, apócrifas? Con Francisco Umbral, en principio, el lector no corre ningún riesgo: sus citas son exactas, exactísimas, pero de vez en cuando, difíciles de localizar. A ojos vistas, hace gala de una erudición, irrecusable, fehaciente, lo que se demuestra meridianamente con esta cita —que traduce—, sacada de un artículo de Stendhal, titulado «Lord Byron en Italie», publicado en *La Revue de Paris*, de marzo de 1830, que luego reaparece, como *addendum* a su obra *Racine et Shakespeare* publicada en 1854 en la editorial parisina, Michel Lévy. La presencia de Stendhal se materializa todavía en las páginas 15 y 18 mediante una larga cita que Francisco Umbral ha traducido. Se trata de la respuesta que formula Stendhal a la carta de alguien que le ha escrito para pedirle informaciones sobre Lord Byron con objeto de preparar un libro sobre el poeta inglés. Francisco Umbral, como siempre, no indica tampoco sus fuentes. Afortunadamente, existen ediciones de la correspondencia de Stendhal como la *Correspondance inédite* de Romain Colomb (1855), la *Correspondance* de Adolphe Paupe (1908), la *Correspondance* de Henri Martineau (1933-1934) mediante las cuales es posible encontrar el texto original de la carta mencionada más arriba. En contestación a su carta fechada en París el 22 de septiembre de 1824, le manda Stendhal una carta muy extensa a Madame SW (Swanton) Belloc, dos días más tarde, o sea el 24 de septiembre de 1824 (desde su domicilio parisino donde se afincó en aquel entonces), cuyo principio reproduce fielmente Francisco Umbral. En este pasaje Stendhal escribe esta frase que debió de tener eco en el propio Francisco Umbral: «¿Cómo dar cuenta de un recuerdo sin hablar de mí después de nombrar a lord Byron?» (Umbral, 1969: 15). En la página 13 Francisco Umbral alude a una reflexión de Carlos Marx acerca de Byron y de Shelley: «Ha escrito que la temprana muerte de Byron impide a éste llegar a convertirse en el burgués que finalmente hubiera sido, en tanto que Shelley, su muerte también temprana, le impide llegar al revolucionario puro que asimismo hubiera sido» (Umbral, 1969: 13). Con esta referencia, algo curiosa de buenas a primeras en el mismo teorizante de *El Capital*, es otro indicio de lo que puede ser dicha erudición umbraliana, de lo que pudo ser su labor preparatoria. A decir verdad, no se trata de algo

escrito por el filósofo alemán, sino de las palabras que hubiera pronunciado en una conversación, recogidas por su hija Eleanor Marx en un artículo de 1888 publicado en Stuttgart con su compañero de lucha –y amante–, Edward Aveling, en la revista clandestina de estudios marxistas, *Die Neue Zeit*, número VIII, bajo el título «The difference between Byron and Shelley». Desde entonces esta opinión se divulgó por varios canales en revistas y periódicos especializados que difundían los textos críticos de Marx y Engels sobre la literatura y el arte. No es ocioso recordar, al respecto, que Francisco Umbral no solo fue lector de la prensa y de la literatura de izquierdas, sino que militó en los círculos filocomunistas de España. La tercera referencia que se encuentra bajo su pluma en la página 26, se refiere a André Maurois con una cita brevísima. Lo sorprendente, por lo que al crítico francés respecta, es que todo el texto de Francisco Umbral se apoya en la obra del francés, *Don Juan ou la vie de Byron*, publicada por la editorial de París, Editions Grasset et Fasquelle, en 1952. Los trozos entrecomillados, los fragmentos de poemas, vertidos al castellano y totalmente carentes de referencias, los saca directamente Francisco Umbral de esta obra. El libro de Maurois es un libro psicobiográfico de casi 500 páginas que reúne una documentación extensísima, minuciosa, de primera mano las más veces, y un finísimo análisis de todos los textos de Byron ilustrado por cuantiosos trozos de poemas perfectamente traducidos del inglés al francés; con lo que Maurois, que es también un escritor sagaz, está en condiciones óptimas para acercarse al ser profundo del poeta inglés. Para Francisco Umbral todo este material valioso y abundante representa a la vez una mina y una ratonera. Otra vez choca con un obstáculo que ha de sortear con escrupulosidad, rigurosidad, sin perder, por supuesto, un ápice de magín para abrir paso a su propia originalidad. Casi la cuadratura del círculo.

De dichas referencias de las que destacan la egolatría, la subversión, el donjuanismo, asoman ya los ejes programáticos de Francisco Umbral, que huelga glosarlos, forman parte de los rasgos distintivos de su psique. Se entrevé, pues, una potencialidad empática respecto de este poeta, que se puede aprehender en toda su complejidad: como posible proyección estética y estética byroniana en la mente umbraliana o, a la inversa, como potencial anticipación de esta doble valencia en Francisco Umbral facilitada por la misma personalidad del inglés. O sea, la doble y contradictoria faceta del espejo según se la pueda considerar Francisco Umbral, según se la pueda apropiarse más o menos conscientemente. A esta especularidad de doble enfoque es de agregar una historia familiar que también posibilita la relación osmótica entre Francisco Umbral y Byron o viceversa. Nacido con una ligera deformidad en un pie imputable a un exceso de pudor de su madre cuando el parto, Byron

va a conocer una niñez caótica en medio de la estrechez. Privado de la presencia de su padre, va a vivir al cuidado de una madre que en él provoca más desavenencia que compenetración. Trasmutando la herida/humillación física del joven inglés en una dimensión más bien afectiva, calcando su esquema parental, su situación económica en los de Byron, Francisco Umbral examina de hecho sus propios estados anímicos y sus propias vivencias cuando emite la reflexión siguiente sobre el que considera ya como su homólogo: «La infancia de Byron tiene algo de novela dickensiana. Él sabe que es alguien, que es algo, que no le corresponde aquella existencia sórdida al lado de una madre ruidosa. Pero la vida le humilla una y otra vez» (Umbral, 1969: 1). Francisco Umbral va abriendo poco a poco una vía manifiestamente a la luz de su experiencia propia. Acerca de la actitud del joven Byron que, amonestado por su niñera por «haberse ensuciado el traje nuevo» (Umbral, 1969: 1), «lo ensucia y lo pisa» (Umbral, 1969: 1), disiente de plano de la opinión de sus biógrafos que ante tal conducta disciernen «el primer brote de la rebeldía, la independencia y la personalidad de lord Byron» (Umbral, 1969: 1-2). Para él este comportamiento «es aplicable a cualquier niño díscolo y mal educado. No presagia nada» (Umbral, 1969: 2). Pero lo que hay que recalcar, según él, es la señal inequívoca de un empeño irrefrenable en distinguirse: «Byron tuvo desde muy pronto conciencia resentida de estar viviendo por debajo de sí mismo y de su apellido, y esto es lo que le hace intolerable la autoridad de una fámula» (Umbral, 1969: 2) Que tuviera o no una niñera Francisco Umbral, es lo de menos. Todo bien considerado, tuvo de niño a su lado a una persona que hizo las veces de niñera y pudo encontrarse en una situación más bien análoga. Lo interesante en este caso es que le resulta tanto más manifiesto trasponer este episodio a otro de su propia infancia cuanto pudo experimentar la misma disposición de ánimo que le imputa al inglés. Otra peripecia le llama la atención a Francisco Umbral sobre la cual también discrepa de la apreciación de los biógrafos. En el colegio de Harrow el joven Byron pide a sus compañeros recibir el castigo que le están infligiendo a un chico. Los biógrafos contemplan este acto como «un primer brote del sentido de sacrificio y de justicia que más tarde llevará a Byron a morir por la libertad de Grecia» (Umbral, 1969: 3). Para Francisco Umbral, que una vez más se arrima a su propia mundología, hay que interpretar tal gesto como otro alarde de su yoidad. Se trata de «un primer impulso exhibicionista que sería clave de su conducta en muchos momentos de la vida. Byron niño necesita ya asombrar, sorprender, hacerse notar. En el duro código de la infancia no hay otra proeza que la resistencia física, el valor. George, débil todavía para atacar, tiene que dar prueba, cuanto menos, de saber resistir. Quiso siempre capitanear a sus condiscípulos, como luego capitaneó

amigos, escritores, revolucionarios, soldados» (Umbral, 1969: 3). ¿Quién puede dudar, entonces, que al articular «saber resistir» con un «capitanear» en agraz, deja traslucir Francisco Umbral una traza fundamental de su mismo genio? Acerca de la infancia y de la adolescencia de Byron –período tan esencial para su formación de adulto– se fija Francisco Umbral en dos etapas decisivas que, indiscutiblemente, puede poner en paralelo con el curso de sus años mozos. La primera remite a la época en que es confiado a Mary Duff, la sirvienta de cuya vida desbaratada y sigilosamente licenciosa parece desentenderse su madre que, de su lado, lleva una vida a la pata la llana. Es un hito que le impresiona dolorosamente al muchacho de 9 años: «En sus ojos grandes y melancólicos se graba pronto la miniatura vil del pecado en secreto. El mal en sus formas menos grandiosas [...] El episodio de Mary Duff le vuelve sobre sí mismo. Le hace pensar. Empiezan las meditaciones del que sería un incorregible pesimista» (Umbral, 1969: 2). Este careo temprano con la vileza, la ruindad va a tener una influencia de por vida en Byron, lo que comparte Francisco Umbral con un comentario acerbo que probablemente trae consigo recuerdos de sinsabores, resquemores y tal vez de indelicadezas domésticas. En cuanto hijo natural, Francisco Umbral queda de inmediato e irremediabilmente maltrecho. Nada más venir al mundo lo amamanta primero una nodriza a quien sustituyen luego unos familiares de la rama materna que se encargan de su educación. En aquellos primeros años de su vida ignora la existencia de su madre ya que según la ancestral preceptiva católica ésta se ha convertido en la tía May (Jabois, 2015). Al descubrir el destino del joven Byron tan malparado, Francisco Umbral no puede mostrarse indiferente, insensible. Todo lo contrario: ambos son víctimas de experiencias traumáticas que, en cierto modo, se pueden asemejar. La especularidad entra forzosamente en juego con este balanceo evocado ya: ¿Revela Byron en Francisco Umbral una coincidencia de efecto beneficioso para su futura trayectoria literaria o, a la inversa, lo considera Francisco Umbral como una ventajosa incidencia anticipatoria para esta última? Lo que conviene destacar también, son las consecuencias que acarrear dichas experiencias según Francisco Umbral. No cabe la menor duda de que cuando las enuncia para Byron, formula, sobre todo, lo que le embarga totalmente su propia conciencia. Francisco Umbral entrega, pues, un atisbo de confesión de su intimidad. La segunda también tiene que ver con el elemento femenino. Hacia los 15 años se enamora perdidamente Byron de su vecina de Newstead, Mary Chaworth, un poco mayor que él; ella le corresponde más bien con cariño, sin más. Tanto es así que cuando ella se casa en 1805 con un noble, cazador, atleta y manirroto, le causa a Byron un agravio tan mortificador que va a imprimir a su vida un giro irreversible, irrevocable. La «traición» de

Mary Chaworth ha sido su primera ruptura con el mundo. Esto se refleja en una misoginia que a veces da en misantropía. El fracaso del primer amor generará una hostilidad hacia la vida que estaba latente en él. Vive una existencia de acción y diversión, se prepara para algo grande, mas como ha crecido larvado su escepticismo y su pensamiento es negativo, necesita escribir para decir que no, que no está de acuerdo, que se aviene a jugar, mas no cree en el juego. El rebelde radical, quizá el revolucionario, está naciendo en él» (Umbral, 1969: 3). Este juicio tan tajante por parte de Francisco Umbral no se puede entender del todo sin concebirlo como cargado de profunda laceración propia. ¿Cuántas veces Francisco Umbral rememora a lo largo de su obra sus amores infantiles en Valladolid con la hija del «presidente de Diputación del falanghitlerismo»? (Umbral, 1981: 18). Su «novia de infancia» (Umbral, 1996: 116) que vuelve muchas veces bajo su pluma con rasgos idénticos pero con nombres diferentes, se llama Teresita en *La bestia rosa* (Umbral, 1981: 19), Jesusita en *Capital del dolor* (Umbral, 1996: 116); a la hora de mudar estado ha optado por un buen partido o un valor refugio: «Jesusita, la novia elegante del barrio, casó con un científico naturalista, don Lope, que era hombre alto, cansado, gafitas, moreno y tísico» (Umbral, 1996: 117). Bajo la capa sarcástico-humorística de su verbo en estas obras se puede vislumbrar, por lo que a la época respecta, la pérdida de su paraíso infantil. Otro hecho relevante de la existencia de Byron que no deja de picar la curiosidad de Francisco Umbral, por tener algún parecido con la suya, es el tardío descubrimiento de la existencia de su hermana, mejor dicho, de su hermanastra, Augusta-Mary Byron; tiene 16 años y ella 20. Es la hija que, antes de casarse con su madre, Miss Catherine Gordon of Gight, su padre tuvo con la baronesa Lady Conyers, casada y madre de 3 hijos. Huérfana de madre muy temprano Augusta, tras haber sido acogida por su abuela materna acabó siendo adoptada por la familia Carlisle. Francisco Umbral deja constancia, al respecto, del significado emocional, intenso, hondo, del encuentro entre estos dos seres: «El descubrimiento de Augusta fue muy importante para Byron. Él no había tenido otra familia que su madre, de la cual se avergonzaba. Había una contradicción entre sus sueños heráldicos de casta, y la realidad inmediata de su madre. Augusta era una cosa lejana de que apenas había oído hablar. El día que la conoció hubo de quedar fascinado por el encanto y elegancia de la muchacha, por su gentil alocamiento de buen tono. Aquella sí era una Byron. A ella sí podría presentarla en sociedad como encarnación juvenil de toda la vaga genealogía de los Byron» (Umbral, 1969: 3-4). En estas frases, es indudable que la mayoría de las palabras relativas a Byron tienen una resonancia en lo más íntimo de Francisco Umbral. Es decir que quien las escribe, las escribe concomitante para sí mismo. En efecto, le sucede

a Francisco Umbral un episodio que, de por sí, entraña una revelación de igual repercusión afectiva. Descubre tardíamente también la existencia de un hermano, o mejor dicho de un hermanastro, Leopoldo Urrutia –«Leopoldo de Luis»– que el padre que no llegó a conocer, su propio padre, Alejandro Urrutia, ha tenido con su mujer legítima. A este hermano, Francisco Umbral lo evoca con mucha ternura y emoción en *La noche que llegué al café Gijón*:

«Leopoldo de Luis –el mínimo y dulce Leopoldo de Luis se llegó a decir en la tertulia– era de ojos pequeños y maliciosos, nariz grande, boca inexistente, rostro un poco rojizo, fácilmente alegrado y subido de color de la risa [...] Escribía una poesía en la música de Miguel Hernández, hecha de humanidad y socialismo, con gran sentido del verso, gran ductilidad lírica y una melodía grata y honda, monótona y cierta, que daba gran calidad a todo lo suyo» (Jabois, 2015).

Aparte de este hermano –un ser de lejanías, también– ¿no tendría una hermana, Francisco Umbral? Puede ser que sí. Leyendo su abundante literatura, aparece, a menudo, una mujer que le fascina y con la que, nada más conocerla también tardíamente, mantiene una efusiva amistad, comparte una complicidad como es de imaginar la que vinculó estrechamente Byron a su hermana Augusta. Al dedicarle su *Diario político y sentimental* (1999), es su intención erigirla en su ícono; para él representa «la encarnación de la conjunción más encumbrada de la sentimentalidad y de la política» (Manso, 2015: 532-551). Se llama Carmen Díez de Rivera. Mujer que, no es inútil recordarlo, es también hija natural y a la que se le debió de atragantar probablemente el mismo escenario familiar que tuvo que aguantar Francisco Umbral. ¿No sería esta circunstancia tan dolorosa, compartida secretamente, la que sería el cemento de esta fratría entrañable, de esta fratría del corazón? Para Francisco Umbral, pudo Carmen Díez de Rivera desempeñar a la perfección el papel de hermana, no de hermana o hermanastra biológica, desde luego, sino de hermana encarnadamente espiritual. Lo que reclamaba precisamente el escritor, el periodista, el político. Con que lo anticipatorio que le proporcionó Byron se pudo grabar en su cerebro, tener un impacto de tamaño y una materialización estupefaciente. A la altura de los ensueños del jovencísimo Francisco Umbral que no podía concebir su existencia fuera de la literatura.

## X

Dentro de este exuberante –¿y embarazoso?– entorno que forma la conjunción de lo iconográfico y de lo biográfico, centrada, al fin y al cabo, en aquel que se rinde culto a sí



mismo, a Francisco Umbral se le ha deparado una especie de resquicio para hacer oír su voz. Ejercicio arriesgado, por cierto, ya que tras Stendhal y Maurois, ¿cómo poder distinguirse y participar a su lector potencial datos originales, pertinentes, enjundiosos, sino hablando de sí mismo? Es de observar, sin embargo, que con Byron no puede existir concurso de circunstancias más pintiparado para que Francisco Umbral pueda proceder a una verdadera arqueología de su psique, como la que lleva a cabo mediante esta doble y contradictoria excitación mimética que tiene también un aspecto catártico. Este estudio se fija exclusivamente en los hechos inalterables de una conciencia en la que, como en la del propio Byron, aflora precozmente una voluntad férrea de «asombrar, sorprender, y hacerse notar», el sentimiento de un ser «resentido de estar viviendo por debajo de sí mismo», que nutren «sueños heráldicos». Francisco Umbral entrega, pues, de manera apenas velada una confesión de una temprana conciencia desgraciada que asoma mediante un autoanálisis –¿terapéutico?– digno de interés. Claro que su texto contiene otros rasgos de no menor importancia, pero que ya han sido explorados (donjuanismo, iconoclasia, revolución política). Lo que hay que poner, sobre todo, de realce es la función de revelador que desempeña Byron.

## BIBLIOGRAFÍA

- Colomb, Romain (1855): *Correspondance inédite*, Paris, Michel Lévy.
- Jabois, Manuel (2015): «Una historia literario sentimental. Umbral y su padre, novela real», *El País*, 21 de febrero de 2015.
- Manso, Christian (2015): «Diarismo y columnismo en Francisco Umbral: *Diario político y sentimental*», en *Francisco Umbral. Verdades y contraverdades del Cuarto Poder*, Bénédicte de Buron-Brun (ed.), Sevilla, Renacimiento: 532-551.
- Martineau, Henri (1933-1934): *Correspondance*, Paris, Editions du Divan.
- Maurois, André (1952): *Don Juan ou la vie de Byron*, París, Editions Grasset et Fasquelle.
- Marx, Eleanor y Aveling, Edward (1888): «The difference between Byron and Shelley», Stuttgart, *Die Neue Zeit*, VIII.
- Paupe, Adolphe (1908): *Correspondance*, Paris, Charles Bosse.
- Stendhal (1830): «Lord Byron en Italie», *La Revue de Paris*, marzo de 1830; que luego reaparece, Stendhal (1854): *Racine et Shakespeare*, París, Michel Lévy.
- Umbral, Francisco (1965): *Larra. Anatomía de un dandy*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- Umbral, Francisco (1967): *Lorca, poeta maldito*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1968.
- Umbral, Francisco (1968): *Valle-Inclán*, Madrid, Unión Editorial.
- Umbral, Francisco (1969): «Lord Byron», *Los Protagonistas de la Historia*, Madrid Ibérico Europea de Ediciones.
- Umbral, Francisco (1981): *La bestia rosa*, Barcelona, Tusquets Editores.
- Umbral, Francisco (1996): *Capital del dolor*, Barcelona, Planeta.



## SOBRE EL AUTOR

### *Christian Manso*)

Christian Manso es Catedrático Emérito en la Université de Pau et des Pays de l'Adour (Francia). Decano de la Facultad de Letras, Lenguas y Ciencias Humanas (1979-1999), y Director del Laboratorio de Investigación de Lenguas, Literaturas y Civilizaciones del Arco Atlántico (1998-2010), es especialista en Literatura, Prensa e Historia de las ideas de la España contemporánea (siglos XIX, XX, XXI). Su labor investigadora se centra en 1) la personalidad literaria, periodística y política de José Martínez Ruiz, Azorín, y sus coetáneos (Clarín, Unamuno, Baroja (Pío y Ricardo), Machado (Antonio y Manuel), Ortega y Gasset, Gómez de la Serna, etc.; 2) los escritores y escritoras de finales del siglo XX y principios del XXI (Cela, Conde, Montero, Posadas, Riera, Tusquets, Umbral, etc.). Es traductor de Azorín: *Surréalisme* (Paris, José Corti, 1989), *Don Juan* (Paris, José Corti, 1992), *Sur les traces de Don Quichotte* (Pau, Covedi, 1998).

### Contact information:

[christianmanso@orange.fr](mailto:christianmanso@orange.fr)